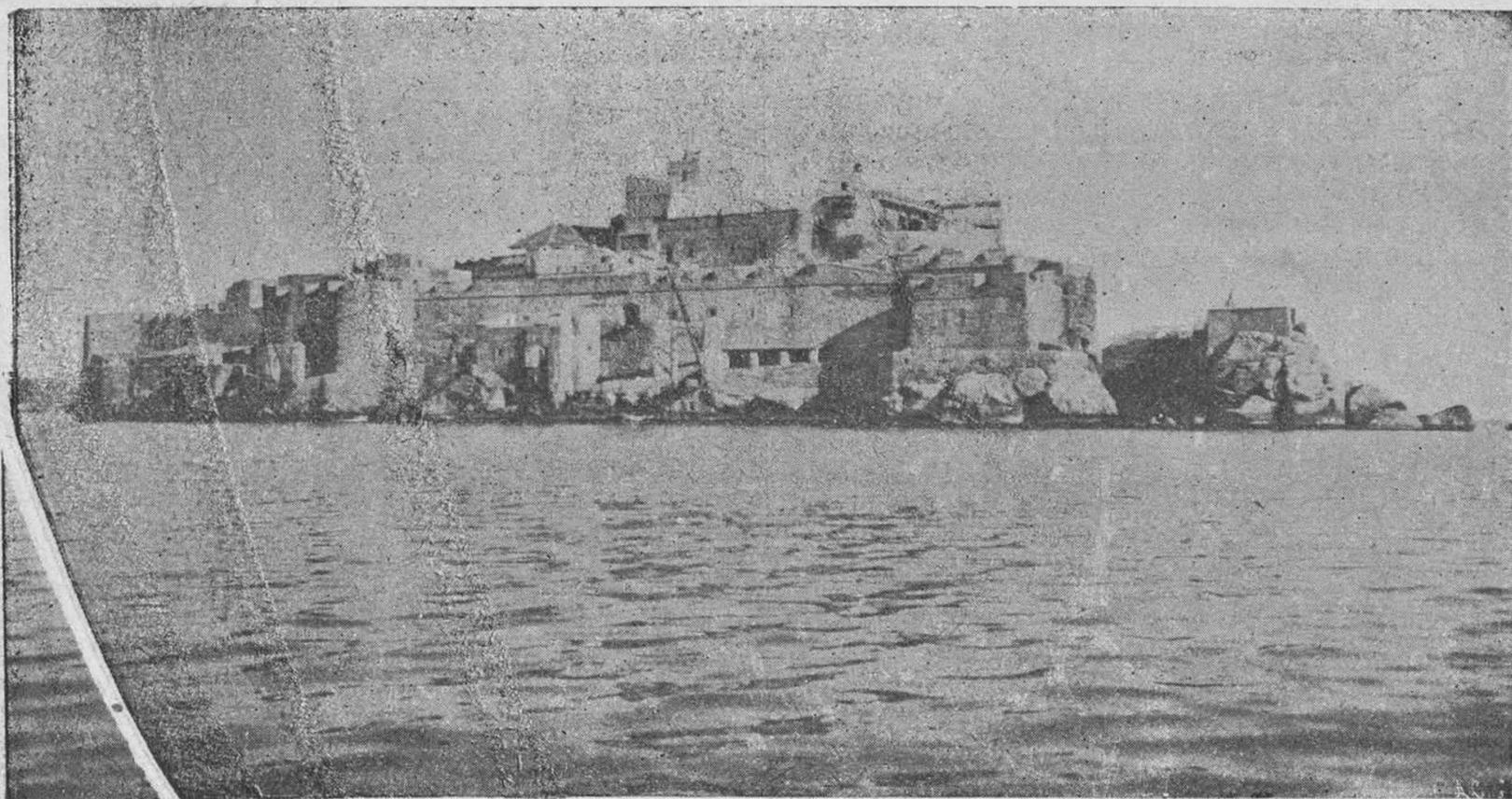


El Cocinero

Semanario Festivo Ilustrado

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940

Fundador y Propietario: D. Roberto Bueno



VISTA DE TARIFA

PLATITOS DE LA SEMANA



A empezado á funcionar la notable compañía de María Tubau en nuestro Teatro Principal, y parodiando á las célebres golondrinas de Becquer, han vuelto á ocupar la *tertulia* del referido teatro, las parejas amorosas que van por costumbre á gozar del *bell canto* cuando hay zarzuela, á enter necerse ahora que hay drama y á jurarse amor con el correspondiente acompañamiento de codacitos, miradas lánguidas y sonrisas pro-

vocativas... Gracias á esto, que maldito el chiste que tiene, el que llega al teatro dispuesto á escuchar la comedia y á oír con religiosa admiración los parlamentos de la segunda actriz que es paisana suya, se encuentra ocupada toda la *tertulia* por *mamá*s que duermen tranquilamente mientras las niñas, arrimaditas á sus novios, escuchan algo así parecido á las décimas del Tenorio, sino en verso precisamente, en una prosa tan dulce... ¡tan dulce, que les sabe á yema de coco!...

¡Desgraciado del que se sienta entre dos amantes!

Anoche fui al teatro y por desgracia me tocó estar sentado entre una jóven rubia, vestida de amarillo, y un pollo que luego supe que era comisionista y pedicuro por afición. Los amantes asomaban la cabeza por encima de mis hombros, se hacían mohines, se apretaban los dedos, y se decían «monina» y «pillin» junto á mis orejas. Luego, el comisionista, en un arranque de pasión, me aplastó un callo de forma de torrecilla que tengo en el pié izquierdo, y su amada, al querer bromear con su amante me soltó con el abanico, que era de palo santo, un porrazo en la mandíbula, que me torció dos dientes... Finalmente se pusieron de *monos*, y se dijeron la mar de desvergüenzas por encima de mi cogote, hasta que la mamá, que roncaba á mis piés. una grada más abajo, se colgó de mi cuello gritando:

—¡Fuego! ¡fuego!

—No se asuste usted, caballero—me decía la hija— eso es que está sonámbula ¡es tan nerviosa!... Todas las noches le compra este (y señalaba al novio) un caramelo de violeta, porque eso le alivia mucho, pero hoy se habían concluido.

Conseguimos que volviera en sí la pobre señora, después de tenderla boca abajo y frotarle la espina dorsal con un paraguas en muy buen uso y un pedazo de bambalina que nos prestó el acomodador.

Desde aquella fatal noche he jurado solemnemente no volver á pisar la *tertulia* del Principal, aunque haya el acontecimiento teatral más grande del mundo.

También he decidido no llevar á mis hijos, cuando sean mayores, siguiendo los consejos de doña Tadea, una viuda muy honrada que siempre que me vé en la calle, se me acerca llorando y me pregunta:

—¿Se ha casado usted?

—Si, señora;—le dije la última vez que me lo preguntó.

—¡Ay!—me respondió suspirando.—Pues si tiene usted una hija no la mande usted con nadie al Teatro... Hace tres años que lloro á mi Gertrudis; fué una noche á la *tertulia* del Principal con una señora muy respetable natural de Guadalajara, y no se sabe cómo, se le escapó porque no tuvo cuidado con ella, y después de muchas pesquisas se la encontraron escondida con el traspute, detrás de unos bastidores de selva.

—La llevarían á su casa.

—Si señor; pero tuve que echarla á los dos días, porque se vestía de malla y le cantaba «El Tango del café», con muy poca vergüenza, á un registrador de la propiedad que vivía en el segundo piso y era casado.

—Y no se ha vuelto á saber de ella?

—Hace meses estaba en el poblado de Mazuca, y era la favorita de Ali el Tuerto, pero lo ha dejado por celoso y ahora habita en Sagua la Grande unas veces y otras en la Manigua...

—¿Y no le teme á los negros?

—No señor, porque ella se casó en secreto con el difunto Guillermón y está muy respetada, y además sostiene relaciones amorosas con Máximo Gómez y con un general yanki que se muere por las andaluzas... Si ella quisiera volverían á ser nuestras las Antillas, pero como no es caprichosa, no exige nada de sus enamorados...

*
* *

¡Y pensar que tantas lágrimas tanta sangre y tanto dinero como nos costó la pérdida de las Colonias pudiera haberse evitado con una *nota casi diplomática* de doña Tadea á su hija!

Pero, ya saben los lectores y los ministros que la conozco y la trato mucho y que se arreglaría satisfactoriamente, mediante un buen regalo á doña Tadea y una gratificación modesta para mí...

Porque es lo que ella dice:

—Yo no me ocupo de la política á menos que me compren un vestido de tartán para este invierno, un pañolón de capueha y me den cuatro ó cinco mil realitos para dedicarme á dar ditas...

Y tiene razón, después de todo.

Manuel Fernández Mayo

EN EL BANQUILLO

Llegó el día de dejarla, porque así lo quiso Dios; la dí un beso y un adiós, y me marché sin mirarla, porque si otra vez la miro no me marchó de su lado antes de que hubiese dado junto á mí el postrer suspiro.

Salí, la puerta cerré, y con la mirada incierta, volviendo á mirar la puerta, falto de valor, lloré.

Dentro de allí me dejaba mis ilusiones, mi vida, mi felicidad querida,

la mujer que aún adoraba,
que mi existencia endulzó
diez años con su presencia,
y al marcharme, mi existencia
allí dentro se quedó.

¿Viví? nó; existí no más
un año entero sin verla,
pero dejar de quererla,
eso no lo hice jamás.

Mi amor estaba dormido,
más no muerto, señor juez;
un día la ví otra vez,
y ese día me ha perdido.

Iban muy juntos; los ví,
y sentí en el corazón
rabia, locura, pasión,
algo que nunca sentí.

Mi cabeza, hecha un volcán,
«vete detrás», me decía.

¡Esa mujer me atraía
como al acero el imán!

Y caminando buen trecho,
yo detrás y ellos delante,
fuimos, ella con su amante,
yo, solo con mi despecho,
viendo en mi mente bullir
tristes ideas de muerte,
y maldiciendo mi suerte,
que me decía morir...

¿Cómo ocurrió? No se; en vano
lo pretendo recordar;
solo sé, que ví brillar
un cuchillo entre mi mano,
y que aquel hombre deshecho
al punto, á mis piés caía:
mi suerte así lo quería,
más lo maté pecho á pecho.

A ella, quise perdonarla
y, ya me iba, señor juez,
lo mismo que la otra vez,
de su lado, sin mirarla,
cuando oí un grito maldito
de su garganta escaparse,
grito que vino á clavarse
en mi alma. ¡Maldito grito!

Con aquel grito expresaba
la mujer tal sentimiento,
que lanzando un juramento
la miré, y ví que lloraba.

¡Llorar por el que moría,
maldiciéndome quizás!...
¡Nadie ha sufrido jamás
como yo sufrí aquel día!

Mirándola, enloquecí,
maldije de mi existencia,
y la dije:—¡No hay clemencia
ni para él, ni para tí!

Y atraído por el mal,
perdida ya la razón,
supe hallarla el corazón
con la punta del puñal.

Y esta es la historia de todo:
ni quité nada, ni aumento;
desde aquel triste momento
á mi suerte me acomodo.

La maté, porque una ingrata
no debe inspirar clemencia.
Firme usía mi sentencia
¡justo es que muera el que mata!

César Pueyo.



CUENTOS CORTOS

LOS DERECHOS DEL HOMBRE



CIERTO hombre rico y virgen de desengaños,
había concebido un amor profundo por la
humanidad, aunque es justo reconocer que
apesar de esto no carecía de sentido común. Gustá-
banle los paseos silenciosos, las alamedas abandona-
das y los bosques sin ruido, y allí discurría á su mo-
do, como puede hacerlo un filántropo ó un domesti-
cador de víboras que todavía no ha sentido ninguna
de sus mordeduras.

Las grandes ciudades no le desagradaban tam-
poco, y en la sociedad sólo veía un cúmulo de hombres
galantes, probos, saturados de buena fé, solícitos
para la amistad é idealistas para el amor, y mujeres
llenas de encantos y capaces de la virtud, el herois-
mo y otras cuantas cosas.

Lo que más le preocupaba era el pueblo, la clase
desheredada como la solía llamar. Necesitaba con-
seguir su rehabilitación y sus fueros, que para eso
todos los hombres son iguales, aunque no tengan el
mismo talento, que es lo que más acerca á Dios. Sa-
bía que en España hay pueblos donde no han llegado
todavía el telégrafo y la cultura. Allí—se dijo—hay
hombres que no conocen aún sus derechos y viven
ávidos de ilustración. Viviré con ellos. Y haciéndolo
así, buscó en un mapa, bien detallado por casualidad,
una aldehuela y sobre ella cayó con sus filosofías.
Al principio quiso trabar conocimiento con todo el
mundo, pero tuvo que convencerse de que allí nadie
le tenía, ni costumbres tampoco, como no fuera las
de ir á la taberna y jugar al mús. Chocó su preseu-
cia, eso sí: y cuando iba por las calles del pueblo,
eneontraba una especie de hombres que se quitaban
la montera y le miraban como si fuera un prodigio.
Al poco tiempo conoció á una rolliza muchacha, hija
del mejor cosechero de vinos, y se casó con ella. En-
tonces concibió una gran obra, que se había de titu-
lar *Los derechos del hombre*, poniéndose á escribirla
sin levantar mano. Mientras se dedicaba á labor tan
penosa, no abandonaba la preparación de aquellos
espíritus lugareños y peroraba en el casino y hasta
en las calles, y sus máximas se hicieron célebres.

Cierta día, un aldeano se descubrió ante él.

—Cúbrete—gritó el filósofo—tú y yo somos iguales.

—Ya lo sé, señor.

—¿Cómo te llamas?

—El *Tío Burro y medio*.

En otra ocasión, y defendiendo la emancipación
de menores, decía á un hijo á quien querían hacereura.

—Huye de aquí y tu padre no te hará cardeual.

El padre, que estaba á la sazón, sacudió un ga-
rrrotazo al filósofo, diciendo:

—A usted, sí...

No se enfriaba por esto la fé del filántropo. Irrí-
tábale ver en los lagares un enjambre de obreros pi-
soteando la uva, mientras sus dueños los vigilaban
como á su máquina el mecánico. Detenia á los arrie-
ros en el camino para hablarles de la revolución del
93 y de los derechos del hombre, y pugnaba por su-
blevar á la gente del campo, para que sus patronos
les aumentaran sus jornales; y les hablaba de los

EL COCINERO

¡LA ELEGANCIA!



Ven ustedes este patan...



pues, arréglenle la melena á lo romántico y los bigotes al estilo de cepillo...



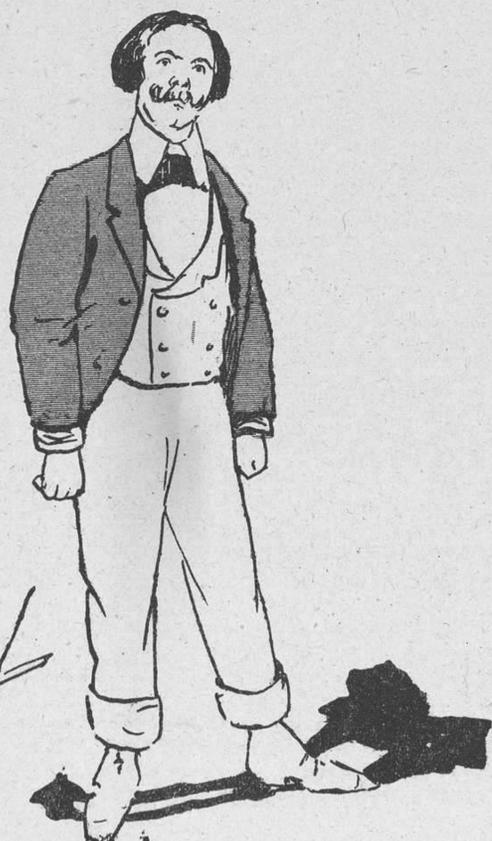
pónganle un cuello de lo mayorecito, puños y pechera de color y corbata *ilusion*...



unos pantalones blancos que no sean suyos, bien recojidos, ¡eh!



unos zapatos ó lanchones, todo blancos...



una chaqueta y chaleco que no parezcan hechos á su persona...



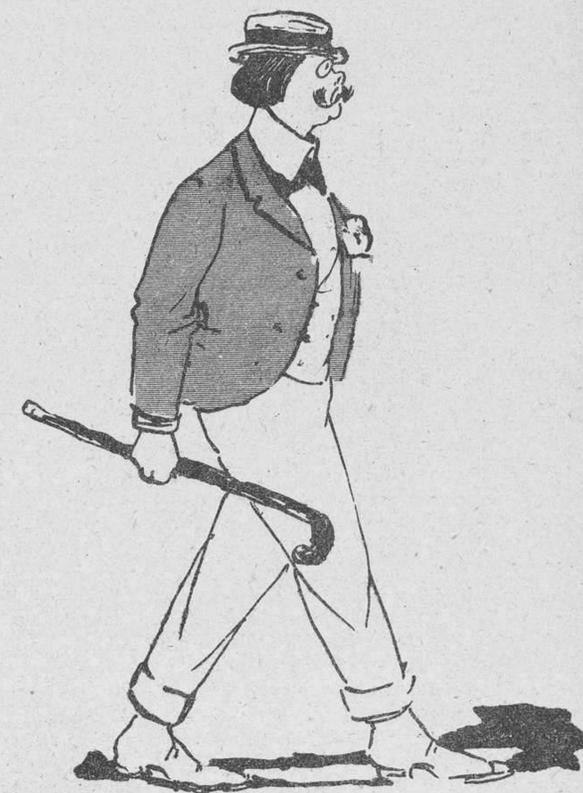
una flor ó cardo borriquero en el ojal...



un sombrero, ó chichonera de niño chico...



un bastón cogido como lo cojen los monos..



y ya tienen ustedes el tipo más elegante que puede imaginarse.

Figal

antiguos feudos y de la libertad de cultos, cosas que traían embobadas á las pobres gentes, que hasta entonces habían respetado al alcalde y al cura, sin saber más que medir buenamente el trigo y tener su gramática parda. En fin, este amor á la humanidad, acrecentado de hora en hora, hubo de searle el mágin, como su locura á D. Quijote, haciéndole abandonar la administración de sus bienes, por lo cual mermaron sus rentas y poco á poco desapareció su fortuna. Entonces sufrió el primer desengaño, ó los primeros, mejor dicho.

Un día del mes de Julio, pesado y caluroso, se hallaba nuestro hombre en su comedor, teniendo á su lado abierta, sobre un pupitre portátil, la gran obra de su alma, *Los derechos del hombre*, en tin. La mesa estaba cubierta de blancos manteles, platos de loza y vasos vacíos. El filósofo había llamado tres veces consecutivas, sin que la criada hubiera respondido á su llamamiento. A la cuarta vez asomó una chicota rolliza, de cara fosca y aire malicioso.

—¿No me has oído?—gritó despóticamente. ¡Que venga la señora á comer!

—La señora no está.

—¿Cómo es eso?

—Se marchó esta mañana y me dejó esta carta para usted.

Todo marido que recibe una misiva de su mujer en tales circunstancias, sea filósofo ó nó, se pone pálido; y esto precisamente le sucedió al nuestro.

Rompió el sobre. La carta estaba concebida [en estos términos:

«En tu gran obra *Los derechos del hombre*, he leído que todo matrimonio debe considerarse nulo, si no lo sanciona el corazón. Anula el nuestro. Ex-tuya, Ana.»

Dobló el filósofo el papel, haciendo gran aeopio de paciencia, y acordándose sin cesar de la inestabilidad de las cosas humanas y de las sentencias de Hegel, Schopenhaur y demás, y dijo simplemente:

—Está bien: ¿por qué no has llenado mi vaso de vino?

—No le hay—respondió la criada con la misma sequedad.

—No hay vino en el pueblo?

—Para usted, nó.

—Hombre, me gusta.

—Los cosecheros han sabido que fué usted quien amotinó á los que trabajaban en sus lagares, y se han propuesto que no beba usted vino.

—¡Ah! los obreros no trabajan.

—Ya sí.

—¿Les han subido los jornales?

—No; les han amenazado con quitárselos.

—Está bien; trae la sopa.

—Es que...

—Acaba de una vez—exclamó ya colérico el amo.

—Yo me voy también en este momento.

—¿Me dejarás así empantanado?

—Señor, hace un mes que no cobro, y he leído en sus *Derechos del hombre*, que todo el que trabaja debe cabrar.

—Es cierto, pero...

—Todos nacemos libres—añadió la criada--y desapareció, no sin antes hacer un mohín

Nuestro hombre no pensó en detenerla, pero cerró con íuria su gran libro, rompió los platos, que rodaron con estrépito por el suelo, y se vió precisado á deshacerse el nudo de la corbata, que parecía revelarse contra él y le ahogaba.

De pronto resonaron pasos formidables en la escalera como si alguno calzado de almadreñas golpeará con furia los escalones, y el tío *Burro y medio*, arro-

jando su lor por todos sus poros y cubierto con un sombrero de pita y llevando una guadaña en la diestra, penetró como una bomba en el comedor.

—Vente—dijo sin más preámbulos, dirigiéndose al asendereado escritor.

—¿Qué es eso?—ahulló congestionado el filántropo—¿Qué confianzas son esas? ¿Quién le ha dado á usted permiso para entrar aquí como en una cuadra? ¡Abajo ese serón!—exclamó tratando de arrancar el sombrero al importuno visitante.

—Mira—dijo el tío *Burro y medio* dándole un puñetazo en la espalda—déjate de noñerías y al grano; es decir, á las eras. Casualmente se ha puesto malo uno de mi cuadrilla y me he acordado de ti para que vengas á segar.

—¿Yo segador? Largo de aquí mastuerzo.

—Todos somos iguales, así lo dicen tus *Derechos del hombre*.

—¿Y no dicen más?—rugió con voz siniestra el filósofo, mientras sus ojos se fijaban con insistencia en su gran obra, y sus manos crispadas se adelantaban hácia el pupitre.

—¡Que yo sepa, no!—contestó el aldeano; pero no bien había pronunciado la última frase, cuando el filántropo, agarrando el libro y levantándole en alto, nuevo Anteo de la filosofía, lo descargó con tal furia sobre la cabeza del lugareño, que éste rodó por el suelo con la boca bañada en sangre.

Al sonar aquel ruido, abrióse la puerta violentamente, y la mujer y la criada entraron llenas de azoramiento.

—¿Qué has hecho, desdichado?—gritó la esposa. ¿No conocías que todo estaba preparado por mí para corregirte? ¿Qué le ha sucedido á este infeliz?

—Nada; que se le han subido á la cabeza *Los derechos del hombre*.

Leopoldo López.

PIÉNSALO BIEN...

Si quieres, Bruno, crearte una posición honrosa, tú que vives olvidado en tu terruño de Rota, deja cardos y tomates, patatas y zanahorias; tira á un rincón el arado, cambia tus zuecos por botas, tu blusa por la levita, por un sombrero, tu gorra; pule un poco tu lenguaje, modera también tus formas, deja tu ruda franqueza por una reserva hipócrita, y vente aquí, que hallarás fortuna, renombre y gloria. Fundas un periodiquillo, imprimes en letras gordas, bajo el título, *Don Bruno Cebolleta y Carrizasa, Director...* Y aunque no escribas ni una palabra, ¡no importa! Busca ocho ó diez jovenzuelos que estén ansiosos de gloria; haces que su ingenio apuren escribiendo verso y prosa,

y si tú quieres también
 escribir, busca una obra
 antigua, copia los versos,
 ó mejor dicho los robas.
 No es fácil, amigo Bruno,
 que el público lo conozca;
 y si son de Calderón
 ó de Lope, ya no es cosa
 que en resucitar se empeñen
 para armarte una encerrona.
 Así, tenlo por seguro,
 al mes y medio *te nombran*
 literato, y se comentan
 y se traducen tus obras.
 Pero, ¡ay de tí si averiguan
 que cuanto escribes lo robas!
 porque fuera, no lo dudes,
 grande y terrible la mofa,
 y más te valdría entonces
 quedarte tranquilo en Rota
 entre cardos y tomates,
 patatas y zanahorias!...

Tartarín de Tarascón.

CONFIDENCIAS DE UNA ONZA DE ORO

Estuve en manos de los potentados y fui testigo de sus inquietudes sin cuento, de sus insomnios pertinaces ante el espectro de su ruina.

Sufri prisiones prolongadas en oscuros encierros; ví lágrimas y oi sollozos y maldiciones. Al acercárseme alguna de mis semejantes, radiante y fresca, le decía: «Cuando el roce del mundo te haya puesto borrosa y apagada, verás que la felicidad es una cosa sin sentido»

Un día, una pesetilla respondona me contestó: «Calla, anciana, soy más pequeña y más insignificante que tú; pero gracias á eso mismo, sé más, porque he corrido en cada año lo que no has corrido tú en cada siglo. Y puedo decirte que á nosotras la felicidad nos está vedada, porque desde el cuño de que salimos, hasta el crisol en que se nos funde de nuevo, no nos gastamos, sino que nos *gastan*».

Si tuviéramos entrañas y la facultad de concebir en ellas algo propio que dar para el bien ajeno, seríamos felices.

La felicidad no consiste en valer más ó menos, sino en poder abrir lo íntimo del propio ser y reparar de él todo lo que puede constituir un bien.

Si pudieras *partirte en perras chicas* de bienestar para todos, de otro modo pensarías. Cree que si los hombres sintieron eso é inventaron una palabra para expresarlo, es porque tienen esa facultad. Y la tienen cuantos quieren producir al día algunos céntimos de dicha para los demás.

Este secreto me lo reveló un viejecito que se había pasado la vida gozando con las alegrías que proporcionó á otros.

Al concluir de revelármelo, me dijo: «Pesetilla, tráeme papel para escribir mi secreto. ¡Quiero publicarlo! ¡Cuanto más se divulgue, mejor! Si los goces ficticios llevan en su reproducción su agotamiento, la

felicidad, la verdadera felicidad, por el contrario, se multiplica á medida que se extiende, se esparce y se riega.»

F. Degetau.

El amor en mi tierra

Un empujón, un pellizco,
 cinco ó seis miradas tiernas,
 tres interjecciones dulces,
 cuatro interjecciones feas,
 un «*se lo diré á mis padres*»,
 un «*que no tardes, morena*»,
 un «*ya se lo he dicho, Roque*»,
 un «*¡gracias á Dios, Marcela!*»
 un «*¿Si será un buen marido?*»
 un «*¿Si será un calavera?*»,
 un «*pues yo sí que le quiero,*
y aquella que no se arriesga
no pasa la mar», un «*bueno,*
si os queréis, cosa hecha»;
 un carro, un arado, chismes
 de labranza, una pareja
 de bueyes, cuatro ó seis fincas,
 trajes para él y para ella,
 un «*¿Quiere usted por marido...?*»
 un «*¿Quiere V. por... et cætera?*»
 alguno que otro envidioso,
 una que tal vez reniega,
 cantares baile, jaleo,
 mucha bulla, mucha jerga,
 mucha carne, mucho vino,
 diez ó veinte borracheras,
 dos ó tres indigestiones,
 y luego,.. ¡viva la Pepa!

Melchor Merino.

Fritos y Asados

Los escritores y amigos del laureado poeta y querido compañero nuestro D. Pedro Riaño y de la Iglesia, proyectan obsequiar al mismo con una cena, en celebración de su último triunfo literario, obtenido en los Juegos Florales de Almería.

Entre los adheridos al *banquete nocturno*, figuran los Sres. D. José Canalejas, D. Antonio Moreno López, D. Mateo R. Sánchez, D. Julio A. Mayoza, D. Mariano Sánchez Enciso, D. Roberto Bueno, D. Ricardo Cano, D. Manuel Soba, D. José Aguilera, D. Juan M. de Martín Barbadillo y D. José Alijo.

*

Buscando á su barbería
 un título que comprenda
 lo que la tienda sería,

al inaugurar la tienda
Juan, la llamó «La Bacía.»
Y nunca pudo encontrar
un nombre más oportuno,
pues se queja sin cesar
de que no puede lograr
que entre parroquiano alguno.

*

El martes 27 del corriente marcharon á Jerez los
Diputados provinciales señores Revilla, González
Hontoria, García Laniz y Bertemati.

*

A las prensas de imprimir,
con tanto versificar,
unos las hacen gemir,
y otros gemir... y llorar.

*

La distinguida esposa del Excmo. Sr. Gobernador
Civil de esta provincia, hace muy frecuentes visitas
á los establecimientos benéficos de esta ciudad, con
objeto de repartir socorros para los asilados.

El 27 del actual, visitó el Asilo de las Hermanitas
de los Pobres, en el cual acostumbra hacer abundantes
limosnas.

Las hermanas agradecieron mucho la visita de
tan piadosa dama.

*

—Hombre, ya me vá cargando
que, al cobrarme, el camarero
haga sonar la moneda
dos ó tres veces lo menos.

—Es que pudiera ser falsa.
—¡Precisamente por eso!

E. G.

Importante para las personas sordas

Los Timpanos artificiales en oro, del Instituto
Hollebeke, son reconocidos por los únicos eficaces
contra la *sordera, ruidos en la cabeza y las orejas.*
un fondo permanente, sostenido por donaciones de
pacientes agradecidos, autoriza á dicho Instituto á
mandarlos gratuitamente á las personas que no pue-
den procurárselos. Dirigirse al Hollebeke's Institue,
Menway-House, Earl's Court, Londres W. Ingla-
rra.



¡FILATÉLICOS!

Venta de sellos de Oriente y especialmente de
Turquia, bien mezclados á 0'60 el ciento. El que me
envie 40 sellos diferentes de su país, recibirá el mis-
mo valor de orientales. Pago adelantado por manda-
to postal. = Precio corriente gratis y franco.

Constantinidhis y C.^a

Smyrna—Turquia.—Negociante en sellos

Todo periódico, reproduciendo este anuncio tres
veces, recibirá 25 francos en sellos. (30=4)

G. Aslan, —*Rodosto (Turquia).*—El que me
envie 50-100 timbres de correo
de su país, recibirá el mismo número y valor en se-
llos orientales; envíos certificados. Todo periódico,
reproduciendo este anuncio 2 veces recibirá 200 sellos
de Turquia bien mezclados. (30=4)

CASA DE HUESPEDES

DE

D. Bartolomé García

En esta casa hallarán los señores viajeros esme-
rado servicio y habitaciones confortables á precios
sumamente económicos.

Por **Una Peseta** se sirven comidas compuestas
de tres platos diferentes.

PLOCIA, 15.—CADIZ

ALMACEN DE JOYERIA, PLATERIA Y RELOJERIA

José Estrugo

Casa fundada en 1840

Oro en panes, para doradores y pintores. Sur-
ido completo en relojes, de precisión, de sobre-
mesa, cuadros alemanes, suizos y franceses.—Op-
tica, instrumentos de Cirujía y Medicina.—Taller
de reparaciones.—Se garantiza todo trabajo he-
cho en los talleres de esta casa.

CRISTOBAL COLON, 24.—CADIZ.

LA INDUSTRIA

Gran Restaurant

establecido en el barrio de San Severiano, en Extra-
muros, próximo al Astillero. ¶

Comedores elegantes con vistas al mar. Servicio
esmerado.

José Vinuesa y de Rivas

AGENTE DE NEGOCIO MATRICULADO

ISAAC PERAL, 8

*Empleado de Hacienda que fué en esta provincia
más de 19 años.*

Gestión de asuntos administrativos en todos los
ramos del Estado.

Redención y cobro de toda clase de créditos contra
el Estado.

Gestión de expedientes de Jubilaciones, Retiros-
Pensiones de viudedad y orfandad, civiles y milita-
res, Rehabilitaciones, Transmisiones, Mesadas de su,
pervivencia, Cruces y Traslados.

Cobro de cupones y de intereses de resguardo
del Banco de España y Cartas de pago de la caja de
Depósitos.

Habilitación de Clases Pasivas.

Cádiz.—Imprenta de Manuel Alvarez Murguía 25